



Fenómenos para normales

LUIS MATÍAS
LOPEZ



La sombra del padre

A sí comienza *Tiempo de vida*, de Marcos Giralt Torrente (Anagrama): “El mismo año en que mi padre enfermó publiqué una novela en la que le mataba. He pasado días enteros, años, examinando a mi padre, y muy a menudo el resentimiento ha contagiado mi escritura. Me he vengado”.

Y así concluye: “Me gustaría conservar algo de lo mejor de mi padre para que le llegue [al hijo que está por nacer] a través de mí”.

El autor no engaña: tenía cuentas que ajustar con su padre, el pintor Juan Giralt (fallecido en 2007 a los 67 años), con el que sostuvo una relación discontinua, conflictiva, amarga en ocasiones, que condicionó sus primeros y segundos pasos como escritor. Al final de esta confesión impresa, queda claro, sin embargo, que el supuesto deseo de venganza sólo ocultaba la frustración, o la amargura, por no ser más querido, porque su padre no le situase en el centro de su existencia. La enfermedad cauteriza la herida, les pone más cerca de lo que nunca estuvieron. La muerte les reconcilia por completo.

Se diría que Marcos Giralt (Madrid, 1968), premio Herralde en 1999 por su novela *París*, necesitaba liberarse de la opresiva huella del padre en su obra. Ahora ya no tiene excusas: sin ese fardo, puede volar libre, crecer como escritor. Ha querido romper amarras, pero está por ver si lo logra o si esa sombra le persigue.

El peso del libro como memoria personal es notable en todas sus páginas y escalofriante en muchas de ellas por lo descarnado de la con-

fesión, la desnudez de su estilo antiliterario y la universalidad del contenido. Pocos lectores-hijos o lectores-padres (o sea, casi ningún lector) podrán dejar de estremecerse por la crudeza llena de sensibilidad con la que se reflejan los sentimientos ambivalentes propios de muchas relaciones paterno-filiales.

Sólo hay dos protagonistas, padre e hijo. Todo lo demás gira en torno a ellos, hasta la enfermedad terminal, hasta la muerte. Inclu-

Giralt, el escritor, ajusta cuentas con Juan Giralt, el pintor

so la madrastra, presencia perturbadora a la que el autor menosprecia al llamarla siempre “la amiga que mi padre conoció en Brasil”, o su propia madre, son personajes secundarios, aunque lo que Giralt cuenta de esta última deja entrever la posibilidad de una secuela de *Tiempo de vida*. Sería una pena, porque demostraría que la familia sigue siendo su gran materia prima literaria.

Este un libro que merece durar, quedar de referente en el género memorialístico. Como *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince (Seix Barral). Sólo que en el caso del escritor colombiano, el amor del hijo por su padre, aunque conmovedor, es ciego y acrítico. Al contrario que aquí.